

EGIPTO Y LOS DESIERTOS CIRCUNDANTES A LA LUZ DE LOS NUEVOS HALLAZGOS (IV-III MILENIOS A. DE C.)

JUAN CARLOS MORENO GARCÍA

CNRS-Francia

RESUMEN:

Los descubrimientos que se han realizado durante las últimas décadas en el Desierto Occidental están ampliando nuestro conocimiento tanto del origen de la civilización faraónica (y del papel jugado por asentamientos como Hieracómpolis) como la naturaleza de los contactos con las regiones vecinas africanas durante el tercer milenio a.n.e. Las bases logísticas creadas en el Oasis de Dajla, la organización de la ruta de caravanas, que al menos llegaba hasta Guebel Uweinat, y la movilidad de los pastores nubios entre el Nilo, los oasis egipcios y Wadi el-Howar prueba la intensidad de los contactos entre Egipto y sus vecinos durante el Reino Antiguo.

SUMMARY:

Discoveries made in the Egyptian Western Desert during the last decades are improving our comprehension of both the birth of the Pharaonic civilisation (and the strategic role played by localities like Hierakonpolis) and the nature of the contacts with its African hinterland in the 3rd millennium BCE. The logistic bases founded in the oasis of Dakhla, the organisation of a caravan route which reached, at least, Jebel Uweinat, and the mobility of Nubian herders between the Nile, the Egyptian oases and Wadi el-Howar, prove the intensity of the contacts between Egypt and its neighbours during the Old Kingdom.

INTRODUCCIÓN

Hablar del Egipto de los faraones trae inmediatamente a la imaginación el valle del Nilo, las inolvidables escenas campesinas que discurren en las fértiles orillas del río donde aún se alzan, en número notable, vestigios monumentales de su pasado. Si Lenin pudo resumir su idea del comunismo con la célebre fórmula «electricidad más los

soviets», qué duda cabe que el Nilo sería un elemento ineludible en cualquier expresión que buscara condensar en pocas palabras los fundamentos de la civilización de los faraones. Ya Heródoto fue un ilustre pionero con su célebre consideración de Egipto como un don del Nilo. Y ejemplos aún más remotos pueden ser rastreados sin esfuerzo en las propias inscripciones faraónicas, donde se indica a menudo que el poder del soberano abarcaba las dos orillas o, también, los dos límites (*tnw*), es decir, las zonas de contacto entre las fértiles tierras del valle y los desiertos que se extendían por oriente y occidente. Si a ello añadimos la contraposición, también habitual en las fuentes egipcias, entre el valle/Egipto (*Kemet*) y los desiertos (*desheret*), o la representación de las áreas desérticas como zonas pobladas por criaturas fantásticas y llenas de peligros, no podemos sino percibir hasta qué punto la Tierra Negra seducía y constituía para los antiguos egipcios el universo familiar de lo conocido. Más allá de este ámbito reconfortante se abrían espacios desolados, impropios para el discurrir de la vida civilizada. No en balde el occidente crepuscular era el dominio de los muertos.

La consideración negativa del desierto ha sido habitual entre los pioneros de la Egiptología. Si la vida sedentaria y urbana ha sido estimada tradicionalmente como la esencia misma de la civilización, del desierto sólo cabía esperar amenazas, cuando no modos de vida ciertamente pintorescos, románticos incluso, pero más propios del ámbito de la Etnografía que de la Historia. No hace falta insistir demasiado en la opinión que el beduino o el tuareg merecían a las autoridades coloniales inglesas, francesas u otomanas, o la desconfianza con que eran consideradas las poblaciones pastoriles en su constante deambular en busca de pastos. De este modo, curiosamente, terminaron por cristalizar tópicos muy próximos a los elaborados miles de años atrás, de tal manera que el desinterés por el desierto, o su consideración como un ámbito marginal, no ha estimulado precisamente su estudio científico entre los egiptólogos durante décadas. Las condiciones extremas del desierto occidental egipcio, una de las regiones más inhóspitas del Sahara, tampoco contribuían a animar la curiosidad científica, máxime cuando ni siquiera parecía ofrecer un arte rupestre de entidad como el observable en otras regiones saharianas. El desierto venía así a corroborar su carácter de escenario propio de poblaciones y de actividades primitivas, un ámbito reservado por tanto a exploradores, prehistoriadores y a etnógrafos. En cambio, cuando se trataba de estudiar la Historia, con mayúsculas, las miradas de los investigadores se dirigían hacia el valle del Nilo y sus prometedores campos de ruinas.

Sin embargo, no puede decirse que el desierto fuese, precisamente, un terreno evitado por los antiguos egipcios. Fuente de materias primas muy apreciadas, también ofrecía líneas de comunicación alternativas al curso del Nilo. Las inscripciones de los grandes jefes de caravanas de Elefantina, de finales del tercer milenio, evocan la existencia de una ruta de los oasis que podía ser utilizada en vez de la vía fluvial para llegar a Nubia. Además, el hallazgo inesperado en 1917 de un enigmático depósito de jarras en Abu Ballas, a cientos de kilómetros al oeste del valle del Nilo, abría una perspectiva excitante de investigación que no sería considerada de nuevo hasta setenta años después. ¿Y qué decir del descubrimiento de las mastabas de Balat, prueba irrefutable de la presencia de un asentamiento faraónico y de un linaje de gobernadores provinciales de la VI dinastía, en todo punto comparables a los documentados en el resto de Egipto durante la misma época? Y es que, en efecto, es a finales del siglo XX

cuando la coincidencia de factores diversos ha estimulado la reconsideración del papel desempeñado por el desierto en la civilización egipcia, sobre todo en sus orígenes.

Uno de estos factores ha sido, sorprendentemente, el cine. El gran éxito de público de *El paciente inglés* (1996) se justifica por la reunión de los ingredientes habituales en las grandes películas clásicas de aventuras: una historia de amor imposible, un escenario exótico, personajes embarcados en una búsqueda existencial apenas disimulada por la exploración geográfica y arqueológica, y todo ello situado en el mítico período de entreguerras. Un efecto inesperado del film fue resucitar el interés por un oscuro explorador y aventurero húngaro, el conde Laszlo Almásy, autor de varios descubrimientos arqueológicos y miembro del *Club Zerzura*, un grupo informal de apasionados del desierto obsesionados por hallar el legendario oasis de Zerzura, posible puente entre Egipto y las inmensidades saharianas y africanas¹. La ola de curiosidad desatada hacia estos aventureros y hacia el escenario donde discurrieron sus aventuras, el desierto Líbico (o desierto occidental egipcio), coincidió con la irrupción de un personaje singular que venía a confirmar, una vez más, que la aventura y la exploración no estaban reñidas con la arqueología. Carlo Bergmann es un excéntrico economista alemán que, hace veinte años, abandonó una prometedor carrera bancaria para realizar su sueño de explorar el desierto occidental egipcio y hallar las pruebas de la existencia de antiguas rutas caravaneras entre el antiguo Egipto y el interior de África. Desde entonces, pacientemente, ha ido recorriendo año tras año el desierto Líbico y dando cuenta puntualmente de los hallazgos realizados. Por último, en 1999, los investigadores italianos Giancarlo Negro y Vincenzo De Michele anunciaron a la comunidad científica un descubrimiento sorprendente: el escarabajo que adorna el célebre pectoral de Tutankamón había sido tallado en un material muy especial, un cristal verdoso que sólo procede de un lugar de la Tierra, un área del desierto Líbico situada en pleno Mar de Arena, a varios cientos de kilómetros al oeste del valle del Nilo. Allí, hace millones de años, el impacto de un meteorito provocó la cristalización de la arena circundante, produciendo un vidrio cuya belleza fue considerada digna de ennoblecen las joyas de los soberanos de Egipto.

Sin embargo, más allá de estas circunstancias mediáticas, el interés por el desierto occidental egipcio ha estimulado el proyecto arqueológico ACACIA impulsado por la Universidad de Colonia. Las numerosas prospecciones y estudios de terreno llevados a cabo desde los años 1990 han permitido descubrir numerosos yacimientos y conocer en detalle las condiciones medioambientales en que vivieron los antiguos pobladores del Sahara oriental. Proyectos similares también han hecho posible una mejor comprensión de la prehistoria de la región, como en el caso de las investigaciones promovidas por Fred Wendorf. El cuadro quedaría incompleto sin mencionar las excavaciones francesas en los oasis de Dajla, Bahariya y Jarga, que han culminado con la localización de numerosos vestigios de la presencia egipcia en estos parajes tan alejados del valle del Nilo, desde la localidad de Balat ya menciona-

¹ A raíz del éxito de la película se publicó en Austria, en 1997, una compilación de algunos de los relatos e informes elaborados por Almásy sobre sus exploraciones en el desierto Líbico. Esta obra fue inmediatamente traducida al español: L. E. Almásy, *Nadadores en el desierto. A la búsqueda del oasis de Zarzura*, Barcelona, 1999.

da, hasta templos y redes de galerías subterráneas en Jarga o tumbas de funcionarios provinciales y nuevos asentamientos del tercer milenio en Bahariya. Inesperados también han sido los archivos recuperados, que incluyen numerosos documentos demóticos en Jarga o el notable conjunto de tablillas de arcilla procedente del palacio de los gobernadores de Balat y de sus capillas, de finales del III milenio².

LOS DESIERTOS EN LOS ORÍGENES DEL EGIPTO FARAÓNICO

Los descubrimientos arqueológicos recientes permiten reconstruir gradualmente la historia de la presencia humana en el desierto occidental egipcio, una presencia que está ayudando a comprender mejor las circunstancias que propiciaron el nacimiento de la primera entidad política protofaraónica en Hieracópolis.

En primer lugar, las prospecciones de campo y el uso de imágenes de satélite han revelado que el Sahara oriental estaba salpicado de cientos de lagos y de cursos de agua permanente alimentados por las lluvias, que permitían la existencia de una fauna y una flora variadas, propias de ambientes esteparios o lacustres, y de donde obtenían su subsistencia poblaciones de cazadores y recolectores. En torno a -4000, por ejemplo, el Lago Chad tenía una superficie de unos 350.000 km² (aproximadamente el tamaño de Alemania) y constituía el cuarto lago de agua dulce del planeta, muy lejos de sus escasos 1.500 km² actuales. También se ha localizado otra gran superficie de agua dulce, conocida como Paleolago Nubio y situado en el extremo noroccidental del actual Sudán, con un tamaño aproximado de 5.300 km². El Uadi el-Hogar (también conocido como el Nilo Amarillo) constituía entonces el principal afluente de la margen izquierda del Nilo, con aguas permanentes a lo largo de un curso de 1.100 km y una anchura que, en algunos lugares, llegaba a los 10 km. En torno a él prosperaba una fauna de hipopótamos, elefantes, antílopes, girafas y, en general, las especies típicas de las sabanas africanas, mientras que sus aguas albergaban una rica variedad de peces. Tal riqueza de recursos facilitaba el desplazamiento de los grupos humanos desde el Nilo hasta las estribaciones de Ennedi, en el Chad actual, mientras que los lagos y puntos de agua que salpicaban el Sahara oriental permitían la movilidad de poblaciones pastoriles que, en ocasiones, han dejado importantes vestigios de su existencia y creencias, como sucede en Nabta Playa.

La distribución de instrumentos líticos y de ciertas producciones cerámicas, como los denominados Clayton Rings, dan fe de la presencia humana en regiones remotas de donde, posteriormente, quedaría prácticamente excluida a raíz del empeoramiento de las condiciones de aridez del Sahara y la desecación de lagos y puntos de agua. Sin embargo, también hay que señalar que la diferente distribución de ciertos objetos puede apuntar a usos muy específicos de los mismos ligados a la explotación de ciertos recursos; de ahí que puedan ser abundantes en unas zonas y faltar enteramente en otras, por lo que su validez para establecer fases de aridez puede re-

² Para una visión general, vid. J. C. Moreno García, *Egipto en el Imperio Antiguo (2650-2150 antes de Cristo)*, Barcelona, 2004, p. 237-269.

sultar discutible sin tener en cuenta otros vestigios arqueológicos. Es el caso, por ejemplo, de la distribución de los Clayton Rings, de las muelas (o piedras de moler) de tipo Gilf o de los vasos altos calciformes. Los mapas de distribución de los mismos son muy diferentes, a pesar de ser contemporáneos, lo que apunta a usos muy especializados cuya comprensión, desgraciadamente, nos escapa por completo, pero que parecen haber sido protagonizados por grupos humanos muy restringidos³. Sin embargo, a partir de —5000 aproximadamente el empeoramiento de las condiciones climáticas y la creciente escasez de recursos hídricos fue obligando a las poblaciones pastoriles a dirigirse hacia las zonas que ofrecían unas condiciones de vida más favorables y a ampliar el radio de sus desplazamientos⁴. Si tomamos el caso de Djara, se advierte un ciclo estacional de desplazamientos centrado en torno a esta depresión, donde las lagunas alimentadas por las lluvias invernales permitían a los pobladores aprovechar los pastos de las inmediaciones. En primavera, en cambio, coincidiendo con el inicio de la estación seca, los desplazamientos por los alrededores eran cada vez mayores, hasta que la llegada de la estación seca, en verano, obligaba a sus moradores a emigrar hacia el Fayum, el Nilo o los oasis. Con la gradual desecación de la región, el abandono de Djara fue inevitable a partir de en torno a —5000⁵. También entonces los contactos entre el valle del Nilo y la zona de los oasis fueron cada vez más restringidos. Diferente fue la suerte que corrieron otras áreas que reunían mejores condiciones, como Gebel Uenat y Gilf el-Kebir, donde las poblaciones se mantuvieron hasta —2700 aproximadamente⁶, o la zona norte del actual Sudán, que siguió siendo el hogar de poblaciones de pastores y donde las condiciones de humedad eran algo más favorables que en el desierto occidental egipcio⁷. Sin embargo, en torno a —2000, el Paleolago Nubio, el mayor de los lagos de la región, ya estaba completamente seco, mientras que el desierto occidental egipcio era recorrido tan sólo por grupos de nómadas muy especializados que han dejado testimonios de su paso en forma de cerámicas de la tradición local de tipo Sheij Muftah, en el oasis de Dajla, o de anillos Clayton⁸.

³ R. KUPER, «'Looking behind the scenes'—archaeological distribution patterns and their meaning», en O. Bubenzer, A. Bolten, F. Darius (ed.), *Atlas of Cultural and Environmental Change in Arid Africa* (Africa Praehistorica, 21), Colonia, 2007, p. 24-25. Véase también H. Riemer, R. Kuper, «'Clayton rings': enigmatic ancient pottery from the Eastern Sahara», *Sahara* 12 (2000), 91-100; M. C. Gatto, «Two Predynastic pottery caches at Bir Sahara (Egyptian Western Desert)», *Sahara* 13 (2001-2002), 51-60.

⁴ H. RIEMER, «Mapping the movement of pastro-foragers: the spread of Desert Glass and other objects in the eastern Sahara during the Holocene 'humid phase'», en O. Bubenzer, A. Bolten, F. Darius (ed.), *Atlas of Cultural and Environmental Change*, p. 30-33.

⁵ K. KINDERMANN, O. BUBENZER, «Djara—humans and their environment on the Egyptian limestone plateau around 8,000 years ago», en O. Bubenzer, A. Bolten, F. Darius (ed.), *Atlas of Cultural and Environmental Change*, p. 26-29.

⁶ J. LINDSTÄDTER, «Rocky islands within oceans of sand—archaeology of the Jebel Ouenat/Gilf Kebir region, eastern Sahara», en O. Bubenzer, A. Bolten, F. Darius (ed.), *Atlas of Cultural and Environmental Change*, p. 34-37.

⁷ F. JESSE *et alii*, «Cattle herding in the southern Libyan Desert», en O. Bubenzer, A. Bolten, F. Darius (ed.), *Atlas of Cultural and Environmental Change*, p. 46-49.

⁸ H. RIEMER, «When hunters started herding: Pastro-foragers and the complexity of Holocene economic change in the Western Desert of Egypt», en M. Bollig, O. Bubenzer, R. Vogelsang, H.-P. Wotzka (ed.), *Aridity, Change and Conflict in Africa* (Colloquium Africanum, 2) Colonia, 2007, p. 105-144; H. Riemer, K. Kinder-

En este escenario es posible comprender mejor el papel desempeñado por localidades como Hieracópolis en el nacimiento de entidades políticas que, con el paso del tiempo, darían lugar al nacimiento del estado faraónico. Los hallazgos arqueológicos de las últimas décadas han permitido postular la existencia en el Alto Egipto, en el último tercio del IV milenio, de varios proto-estados predinásticos centrados en torno a Hieracópolis, Abidos y Nagada. Finalmente, los reyes de Abidos habrían terminado por imponer su supremacía y, tras la conquista o integración del resto del Alto Egipto y del Delta, se habrían convertido en los primeros soberanos de un Egipto unificado y habrían extendido además su control sobre las regiones vecinas. Sabemos, en efecto, que lanzaron expediciones militares contra Nubia y que establecieron «colonias» comerciales en la Palestina meridional justo antes e inmediatamente después de producirse el establecimiento de una monarquía única en el país. No obstante, las excavaciones más recientes efectuadas en Hieracópolis están modificando rápidamente esta imagen. Así, se sabe que en esta localidad ya existía algún tipo de autoridad política varios siglos antes de lo conocido hasta ahora, en la primera mitad del IV milenio, y que esta autoridad expresaba su poder de una manera bastante elaborada, como lo demuestra el hallazgo de los fragmentos de una estatua sedente de tamaño natural⁹, de tumbas de dimensiones considerables y de centros rituales¹⁰. Tanto la estatua como los edificios y las tumbas hallados en estos últimos años preceden en varios siglos las primeras inhumaciones de reyes predinásticos de Abidos, lo que obliga a replantear la naturaleza de las relaciones entre Hieracópolis (¿el primer polo de la realeza en Egipto?) y Abidos (sede de los primeros faraones conocidos). La importancia de Hieracópolis como venerable centro ritual y simbólico para la realeza fue reconocido por los faraones posteriores, que o bien contruyeron imponentes monumentos en sus inmediaciones (baste pensar en el «fuerte» de Jasejemuy), o bien depositaron en el santuario local estatuas con su imagen, como sucede con la célebre estatua de cobre de Pepi II, de finales del Imperio Antiguo. En cuanto al papel desempeñado por Nagada es más ambiguo. Numerosas marcas de sellos, fechadas en torno a la fase Nagada IIB-c, han sido descubiertas en un área precisa de la Ciudad Sur, en lo que pudo haber sido quizás un sector dedicado a actividades institucionales o «comunales», dado que muchos de los artefactos de arcilla de naturaleza administrativa recuperados en él fueron utilizados para el control interno de zonas de almacenaje. Sin embargo, aunque los ves-

mann, «Contacts between the oasis and the Nile: a résumé of the Abu Muhariq Plateau Survey 1995-2002», en B. Midant-Reynes, Y. Tristant (ed.), *Egypt at Its Origins 2* (OLA, 172), Lovaina, 2008, p. 609-633.

⁹ N. HARRINGTON, «Human representations in the Predynastic Period: the locality HK6 statue in context», en S. Hendrickx, R. F. Friedman, K. M. Ciowicz, M. Chodnicki (ed.), *Egypt at its Origins. Studies in Memory of Barbara Adams* (OLA, 138), Lovaina, 2004, p. 25-44; H. F. Jaeschke, «The HK6 statue fragments», en Idem, *ibid.*, p. 45-66. Sobre los vestigios de otra estatua de tamaño natural procedente de la misma localidad, cf. J. E. Quibell y F. W. Green, *Hierakonpolis. Part II*, Londres, 1902, p. 15, pl. 57.

¹⁰ R. F. FRIEDMAN, «Excavating Egypt's early kings: recent discoveries in the elite cemetery at Hierakonpolis», en B. Midant-Reynes, Y. Tristant (ed.), *Egypt at its Origins 2* (OLA, 172), Lovaina, 2008, p. 1157-1194; Idem, «The cemeteries of Hierakonpolis», en B. Midant-Reynes (ed.), *La naissance de l'architecture funéraire* (Archéo-Nil, 18), Paris, 2008, p. 8-29.

tigos funerarios datados en este período apuntan a un aumento de la estratificación social, Nagada siguió siendo una localidad de reducidas dimensiones¹¹.

Lo que resulta de esta acumulación de nuevos hallazgos es una inevitable reinterpretación no sólo de los orígenes del estado faraónico sino también del papel desempeñado por Hieracópolis. Que esta localidad haya conocido formas desarrolladas de autoridad política y de producciones simbólicas ligadas a la misma, y desde fechas tan tempranas, indica no tanto una coexistencia de varios poderes regionales en el Alto Egipto (Hieracópolis, Abidos, Nagada) sino una sucesión entre los dos primeros. Además, la temprana aparición de esta autoridad proporciona una suerte de «profundidad histórica» que permitirá comprender mejor los orígenes de la realeza egipcia, como cristalización de una tradición plurisecular bien asentada antes de producirse la efectiva unificación territorial de Egipto bajo un único soberano. Es por ello que no me parece descabellado suponer que tras el desarrollo inicial de un poder político en Hieracópolis, al menos desde -3700, Abidos terminó por convertirse siglos después en una especie de «Menfis del sur», es decir, en la nueva capital o centro de poder establecido (hipotéticamente) por las autoridades o reyes hieracompolitanos en una zona que ofrecía mejores condiciones económicas y estratégicas para sus intereses, en una cuenca fluvial más extensa y con mayor potencial agropecuario que el área de Hieracópolis, y mejor situada para ejercer un control efectivo tanto sobre las redes de intercambios con Levante como sobre las áreas más septentrionales del Valle del Nilo, progresivamente incorporadas al reino predinástico del Alto Egipto. Incluso me atrevería a afirmar que este cambio de capital obedece igualmente a factores productivos, significando el paso definitivo de una economía donde el pastoreo y el control de las rutas del desierto desempeñaban todavía un papel importante a otra economía donde la agricultura y el tráfico fluvial adquieren una relevancia incuestionable, sobre todo ante el empeoramiento de las condiciones climáticas del Sahara oriental, en pleno IV milenio. Tal cambio de capitalidad se producirá nuevamente algo después, cuando la incorporación del Delta al reino del Alto Egipto y la aparición de un reino unificado fueron seguidas por el desplazamiento de la capital a Menfis, desde donde se podía ejercer un control más efectivo de los abundantes recursos del Delta y del tráfico con Levante. En definitiva, los recientes descubrimientos en Hieracópolis revelan la existencia de algún tipo de realeza arcaica o de jefatura en esta localidad hacia -3700, mucho antes de la aparición de los primeros reyes predinásticos de Abidos, de tal modo que el modelo de conquista y de organización territorial del reino pudo haber surgido no aquí sino en el extremo meridional del país, en torno a Hieracópolis, en la región que sería conocida con posterioridad, precisamente, como *Hn-Nhn* «el interior de Hieracópolis».

Este papel de Hieracópolis puede ser comprendido mejor si volvemos de nuevo la mirada a los desiertos circundantes y a los descubrimientos producidos en ellos en los últimos años. Por un lado, se han hallado los *serejs* de gobernantes predinásticos

¹¹ R. DI MARIA, «Naqada (Petrie's South Town): The sealing evidence», en H. Hanna (ed.), *The International Conference on Heritage of Naqada and Qus Region*, Naqada, 2007, p. 65-78; R. Fattovich, «Exploration at South Town by the Naples Oriental Institute (1977-1986)», en Idem, *ibid.*, p. 46-56.

en los desiertos que rodean la localidad, como, por ejemplo, en Uadi Mineh, Uadi Qash y Uadi Um Balad, en el desierto oriental, así como en Gebel Tjauti y al oeste de Armant, en el desierto occidental, e incluso en zonas mucho más alejadas, como en Gebel Seij Suleiman, en Nubia, y en el oasis de Jarga.¹² Estos hallazgos confirman la existencia de entidades políticas predinásticas lo suficientemente poderosas como para extender su influencia mucho más allá de las zonas ribereñas del Valle del Nilo que controlaban, y en dirección tanto al Mar Rojo como a los oasis del desierto occidental o a Nubia, sin olvidar Palestina. El descubrimiento reciente en la tumba de un jefe de Abidos, fechada en la fase Nagada II, de cerámica elaborada en el oasis de Dajla y, a la inversa, de cerámica de la cultura de Nagada en este mismo oasis corroboran la existencia de tales contactos.¹³ En este contexto, cobra sentido la consideración de Hieracópolis como una importante enrucijada donde confluían rutas terrestres y fluviales, que conectaban las pistas en sentido Este-Oeste de los desiertos con el eje fluvial Norte-Sur constituido por el Nilo y que conducían tanto a Palestina como a Nubia. A título anecdótico cabe mencionar el descubrimiento de los restos de un elefante joven, lo que corrobora, de manera ciertamente inesperada, la importancia de los contactos con el Sudán¹⁴.

Y es que, a pesar del empeoramiento de las condiciones climáticas del Sahara, el desierto continuó siendo recorrido por poblaciones especializadas en el pastoreo como forma de subsistencia. Y la arqueología revela que grupos humanos procedentes de Nubia desempeñaron un papel activo desplazándose con sus rebaños no sólo por las riberas del Nilo sino también por las vastas extensiones al oeste del río durante el IV y III milenio¹⁵. No hay que olvidar que, si bien el desierto occidental egipcio conoció una notable rarefacción de las lluvias, el norte del Sudán resultó más favorecido a este respecto, con mayores niveles de humedad¹⁶, lo que permitía el desplazamiento de pastores por esta región que, además, podían llegar hasta la zona de Hieracópolis desde el desierto, como lo prueban los enterramientos de ganado o los vestigios de cultura material hallados aquí. De hecho, esta localidad continuó siendo en época histórica un importante centro ritual y de inhumación para las poblaciones nubias¹⁷. Es por ello que, tal y como M. C. Gatto ha enfatizado

¹² S. IKRAM, C. ROSSI, «An Early Dynastic *serekh* from the Kharga Oasis» *JEA* 90 (2004), 211-214.

¹³ U. HARTUNG, R. HARTMANN, «Zwei vermutlich aus der Westwüste stammende Gefässe im prädynastischen Friedhof U in Abydos» *MDAIK* 61 (2005), 211-218, pl. 36; C. A. Hope *et alii*, «Report on the excavations at Ismant el-Kharab and Mut el-Kharab in 2006», *BACE* 17 (2006), 23-67, pl. 1-12, fig. 1-16.

¹⁴ R. F. FRIEDMAN, «Hierakonpolis 2003: exhumar un éléphant», *BSFE* 157 (2003), 8-22.

¹⁵ M. LANGE, «Nubier in der Wüste-Fundplätze des 5. und 4. Jahrtausends vor Chr. in der Laqiya-Region (NW-Sudan)», *Archäologische Informationen* 27/1 (2004), 169-177; Idem, «Wadi Shaw 82/52: a peridy-nastic settlement site in the Western Desert and its relations to the Nile Valley», en T. Kendall (ed.), *Nubian Studies 1998. Proceedings of the Ninth International Conference of Nubian Studies*, Boston, 2004, p. 315-324.

¹⁶ R. KUPER, «'Looking behind the scenes' - archaeological distribution patterns and their meaning», en O. Benbenzer, A. Bolten, F. Darius (ed.), *Atlas of Cultural and Environmental Change*, p. 24-25.

¹⁷ R. FRIEDMAN, «Pebbles, pots and petroglyphs: Excavations at HK64», en R. Friedman, B. Adams (ed.), *The Followers of Horus. Studies Dedicated to Michael Allen Hoffman*, Oxford, 1992, p. 99-106; Idem, «Pots, pebbles and petroglyphs, part II: 1996 excavations at Hierakonpolis Locality HK64», en A. Leahy, J. Tait (ed.), *Studies in Ancient Egypt in Honour of H. S. Smith*, Londres, 2000, p. 101-108; Idem, «Nubians at Hierakonpolis: excavations in the Nubian cemeteries», *Sudan & Nubia* 6 (2001), 20-24; S. Giuliani, «Nubian evidence in

recientemente, el alto Egipto y la Nubia septentrional y sus respectivas entidades culturales no deben ser consideradas como antitéticas durante el periodo Predinástico, ya que entonces aún compartían numerosas tradiciones, si bien con fuertes variantes regionales, especialmente a finales del IV milenio¹⁸.

Es sin duda a la luz de estas consideraciones como cabe interpretar los emblemas donde un símbolo idéntico al jeroglífico del agua aparece inscrito en un signo cuadrangular. Descubierta en primer lugar en la colina bautizada como «*La montaña del agua de Redyedef*», a unos 100 km. al sudoeste del oasis de Dajla, también ha sido encontrado recientemente en Gala el-Sheikh, en el Uadi el-Howar, a unos 700 km. al sur de Dajla. Por ello, se estima que estos emblemas no representan jeroglíficos egipcios, como se pensó en un primer momento, sino algún tipo de marca utilizada por las poblaciones nativas que recorrían estos vastos espacios desérticos¹⁹. Sin duda, las condiciones medioambientales existentes en el III milenio eran lo suficientemente favorables como para permitir la presencia de pastores y la circulación de personas y objetos en esta zona a caballo entre Egipto y el Sudán²⁰. Aún más sorprendente resulta el descubrimiento de un arte rupestre único en la zona del Gebel Uenat, fechado en torno a -4000, con escenas de posible contenido ritual protagonizadas por una bestia fantástica rodeada de nadadores. Si bien es discutible que tales escenas correspondan realmente a creencias protoegipcias, la ausencia de paralelos conocidos apunta a que Gebel Uenat pudo haber sido un centro ritual único donde cristalizaron creencias especiales, quizás por ser frecuentado por poblaciones de origen diverso llegadas desde lugares muy distantes entre sí²¹. Por último, no hay que olvidar que la Nubia septentrional fue un activo foco cultural y político a finales del IV milenio, que mantenía estrechos lazos con Egipto. Estos vínculos son particularmente evidentes en la necrópolis de Qustul, donde se hicieron enterrar algunos poderosos jefes nubios. Sus tumbas muestran una extraordinaria riqueza que incluye objetos de gran calidad fabricados en Egipto. Es muy probable que estos gobernantes hayan controlado la Baja Nubia y que esta región haya constituido una entidad política anterior al comienzo de la I dinastía egipcia, lo suficientemente poderosa para que los faraones de las dinastías 0 a III hayan emprendido en numerosas campañas contra ella, como las celebradas en las escenas de Gebel Sheikh Suleiman o las emprendidas por Jasejemuy, y que conducirían finalmente al abandono de la necrópolis de Qustul y a la extinción del proto-estado nubio.

Hierakonpolis», en I. Caneva, A. Roccati (ed.), *Acta Nubica. Proceedings of the Tenth International Conference of Nubian Studies*, Roma, 2006, p. 223-227.

¹⁸ M. C. GATTO, «Contacts between the Nubian 'A-Groups' and Predynastic Egypt», en L. Krzyzaniak, K. Kroeper, M. Kobusiewicz (ed.), *Interregional Contacts in the Later Prehistory of Northeastern Africa*, edited by, Poznan, 1996, p. 331-334; Idem, «The most ancient evidence of the 'A-Groups' Culture in Lower Nubia», en L. Krzyzaniak, K. Kroeper, M. Kobusiewicz (ed.), *Recent Research into the Stone Age of Northeastern Africa*, Poznan, 2000, p. 105-117.

¹⁹ S. KRÖPELIN, R. KUPER, «More corridors to Africa», en B. Gratien (ed.), *Mélanges offerts à Francis Geus* (CRIPEL, 26), Villeneuve d'Ascq, 2007, p. 219-229.

²⁰ F. JESSE, *et alii*, «Cattle herding in the southern Libyan Desert», en O. Bubbenzer, A. Bolten, F. Darius (ed.), *Atlas of Cultural and Environmental Change*, p. 46-49.

²¹ J.-L. LE QUELLEC, «Une nouvelle approche des rapports Nil-Sahara d'après l'art rupestre», *Archéo-Nil* 15 (2005), 67-74.

En definitiva, con el empeoramiento de las condiciones climáticas en el Sahara Oriental, sobre todo en el desierto occidental egipcio (en el norte del Sudán la situación era algo más favorable), se produjo una contracción de las actividades y de los asentamientos humanos y, como consecuencia, el progresivo abandono de muchas rutas terrestres ahora impracticables por falta de puntos de agua. El Nilo se convirtió entonces en la principal vía (aunque en modo alguna la única) de contactos e intercambios, con lo que el declive de Hieracópolis y el auge de Abidos como nuevo poder político emergente en el Alto Egipto pueden ser interpretados, simplemente, como fruto del desplazamiento del centro de gravedad político a una localidad mejor ubicada de cara al control de este eje de comunicaciones cada vez más importante. Sin olvidar que también permitía un acceso más sencillo a las amplias cuencas fluviales y a su rico potencial agrícola del Egipto Medio o a las rutas comerciales hacia Palestina, donde fueron establecidos numerosos centros comerciales o factorías antes de comienzos de la I Dinastía²². Dada la importancia de Hieracópolis como centro ceremonial durante el período Arcaico quizás no sea descabellado pensar que sus gobernantes simplemente cambiaron de residencia estableciéndose en Abidos durante las últimas fases del Predinástico. De hecho, las iniciativas políticas de los últimos gobernantes predinásticos del Alto Egipto parecen haber perseguido la eliminación de todo posible rival en el Nilo: la conquista del Delta y la eliminación de sus posibles núcleos políticos, así como las campañas dirigidas contra Nubia y que concluyeron con la destrucción del proto-estado nubio centrado en Qustul, culminaron con la aparición del Egipto faraónico, un amplio territorio unificado en una única entidad política que controlaba la sección final del Nilo y el acceso desde Africa nororiental al Mediterráneo. Una vez producida la unificación la capital fue desplazada una vez más hacia el norte, esta vez a las inmediaciones de Menfis, favoreciendo así el control de los amplios espacios del Bajo Egipto, que comprendían más del 50% de las tierras cultivables del país. La construcción entonces de una fortaleza en Elefantina representa la culminación de la actitud agresiva de Egipto hacia sus vecinos meridionales. Sin embargo, el hecho de contar con evidencias de nubios asentados tanto en Elefantina como en otras localidades situadas al sur de Armant, durante el período Arcaico, indica que, tal y como plantea Gatto, el área en torno a Elefantina no constituía una frontera impermeable entre dos áreas culturales diferentes, sino una zona de contactos y de circulación de poblaciones, productos e influencias. Casi cabe conjeturar que las cosas no podían ser de otra manera teniendo en cuenta la importancia estratégica de esta localidad para los faraones. Las excavaciones arqueológicas han demostrado la existencia de un importante centro administrativo del que proceden cientos de marcas de sellos. Muchas de ellas están fechadas en la III dinastía y permiten atisbar el papel de Elefantina como base logística de las expediciones enviadas hacia territorio africano, un papel que retuvo durante todo el III milenio. Los sellos muestran que los oficiales y funcionarios de Elefantina eran abastecidos desde la lejana Abidos, y que en torno a la localidad pululaba una heteróclita población

²² E. C. VAN DEN BRINK, T. E. LEVY (ed.), *Egypt and the Levant. Interrelations from the 4th through the Early 3rd Millennium BCE*, Leicester, 2002.

constituida por mercaderes, intérpretes, funcionarios, militares, nubios, etc.²³ Es decir, las propias necesidades logísticas y administrativas de la ciudad favorecieron el auge de actividades donde la colaboración con los nubios era indispensable. Tampoco hay que olvidar que un poco más al norte, en Gebelein, los archivos de la IV dinastía mencionan habitantes del desierto y cazadores entre sus moradores²⁴, mientras que Hieracópolis, como ya ha sido señalado, continuó siendo un importante centro ritual para nubios desplazados hasta allí.

LOS GOBERNADORES DEL OASIS: BALAT EN EL IMPERIO ANTIGUO

Donde resulta más evidente la importancia del desierto para el Egipto del III milenio es, sin duda, en el oasis de Dajla. Las excavaciones promovidas por el IFAO desde hace décadas sacaron a la luz, en primer lugar, un conjunto de mastabas y de inscripciones que revelaban la existencia, durante la VI dinastía, de una sociedad provincial comparable por su cultura y monumentos a la documentada en tantos centros del Alto Egipto en la misma época²⁵. Los contactos con la corte no eran escasos, a pesar de las distancias, y los gobernadores locales fueron objeto de las mismas atenciones por parte de los faraones que sus colegas instalados en el Valle del Nilo. Vasos preciosos elaborados en piedras duras, y entregados por los reyes como obsequio a los gobernadores provinciales, llegaron también hasta Dajla, mientras

²³ J. P. PÄTZNICK, *Die Siegelabrollungen und Rollsiegel der Stadt Elephantine im 3. Jahrtausend v. Chr.* (BAR S1339), Oxford, 2005. Sobre la presencia nubia, cf. D. Raue, «Who was who in Elephantine of the third millennium BC?», *British Museum Studies in Ancient Egypt and Sudan* 9 (2008), 1-14; Idem, «Nubians on Elephantine island», *Sudan & Nubia* 6 (2002), 20-24; Idem, «Éléphantine: cinq campagnes de fouilles dans la ville du III^e millénaire avant J.-C.», *BSFE* 163 (2005), 8-26. Sobre el contexto histórico de Elefantina en el Imperio Antiguo, vid. S. J. Seidlmayer, «Town and state in the early Old Kingdom: A view from Elephantine», en J. Spencer (ed.), *Aspects of Early Egypt*, Londres, 2006, p. 108-127.

²⁴ P. POSENER-KRIEGER, *I Papi di Gebelein — Scavi G. Farina 1935—*, Turín, 2004.

²⁵ J. OSING *et alii*, *Denkmäler der Oase Dachla aus dem Nachlass von Ahmed Fakhry*, Maguncia, 1982; A. Fakhry, *The Oases of Egypt*, 3 vols., El Cairo, 1973; L. Giddy, *Egyptian Oases. Bahariya, Dakhla, Farafra and Kharga during Pharaonic Times*, Warminster, 1987; H. S. Smith, L. Giddy, «Nubia and Dakhla oasis in the late third millennium B. C.: the present balance of textual and archaeological evidence», en F. Geus, F. Thill (comp.), *Mélanges offerts à Jean Vercoutter*, Paris, 1985, pp. 317-330; M. Valloggia, *Balat, 1. Le mastaba de Medou-Nefer*, El Cairo, 1986; Idem, *Balat, 4. Le monument funéraire d'Ima-Pépy/Ima-Meryrè*, El Cairo, 1998; A. Minault-Gout, P. Deleuze, *Balat, 2. Le mastaba d'Ima-Pépi. Tombeau d'un gouverneur de l'oasis à la fin de l'Ancien Empire*, El Cairo, 1992; G. Castel, L. Pantalacci, N. Cherpion, *Balat, 5. Le mastaba de Khentika. Tombeau d'un gouverneur de l'oasis à la fin de l'Ancien Empire*, El Cairo, 2001; G. Soukiassian, M. Wuttman, L. Pantalacci, *Balat, 6. Le palais des gouverneurs de l'époque de Pépy II. Les sanctuaires de ka et leurs dépendances*, El Cairo, 2002; G. Castel *et alii*, *Balat 7. Les cimetières est et ouest du mastaba de Khentika, oasis de Dakhla*, El Cairo, 2005; A. J. Mills, «Pharaonic Egyptians in the Dakhleh oasis», en C. S. Churcher, A. J. Mills (ed.), *The Dakhleh Oasis Project. Reports from the Survey of Dakhleh Oasis, Western Desert of Egypt, 1977-1987* (Dakhleh Oasis Project Monograph, 2), Oxford, 1999, p. 171-178; G. Castel, «Mastaba de Khentika: gouverneur de l'oasis à la fin de l'Ancien Empire», en Z. Hawass (ed.), *Egyptology at the Dawn of the Twenty-First Century. Vol. 1: Archaeology*, El Cairo/Nueva York, 2003, p. 103-111. Últimamente se ha descubierto un nuevo centro administrativo en el oasis de Dajla: A. J. Mills, «Another Old Kingdom site in the Dakhleh oasis», en R. Friedman (ed.), *Egypt and Nubia. Gifts of the Desert*, Londres, 2002, p. 74-78.

que los gobernadores han dejado en sus autobiografías testimonio de los favores recibidos por sus soberanos²⁶.

El centro administrativo del oasis se hallaba en el entorno de la localidad de Balat. Y las mastabas no son el único testimonio de su presencia. Las excavaciones francesas han ido sacando también a la luz un conjunto de capillas funerarias, próximas al palacio de los gobernadores, donde se celebraban rituales en honor de los dirigentes locales. Las capillas fueron destruidas por un incendio y sólo la perteneciente a Medunefer fue restaurada, sirviendo durante dos siglos más como centro de culto en honor de este prestigioso antepasado de la dinastía de autoridades del oasis.²⁷ El hallazgo, a mediados de los años 1980, de un decreto real autorizando la creación de capillas de culto en honor de los gobernadores locales, contiene los nombres de varios de ellos, confirmando así la información ya conocida gracias a los vestigios epigráficos de sus monumentos funerarios²⁸. La autorización para construir capillas de culto en honor de un alto dignatario o de sus antepasados está bien documentado en otros centros provinciales durante el Imperio Antiguo, como sucede, por ejemplo, con Shemai de Coptos. También es frecuente que la tumba o el centro de culto de un alto dignatario provincial termine por convertirse, con el paso del tiempo, en un importante polo ritual que enaltece y legitima la autoridad detentada por sus descendientes (reales o ficticios) durante siglos, como ocurre con la tumba de Isi de Edfú o con el santuario de Heqaib de Elefantina. Balat era, por tanto, un centro provincial sede de gobernadores y perfectamente integrado en la estructura administrativa del reino a pesar de la distancia que le separaba del Valle del Nilo.

Por un extraordinario azar, las pruebas de las actividades administrativas desempeñadas por estos gobernadores y por los funcionarios a su cargo han quedado preservadas en las alrededor de ciento setenta tablillas de arcilla y fragmentos halladas tanto en el palacio de los gobernadores como en las capillas funerarias consagradas a los mismos y anexas a este edificio. La lejanía del valle y la escasez consecuente de papiro, llevó a utilizar tabillas de arcilla como soporte donde se redactaban borradores de cartas, listados de funcionarios, registros de movimientos de artesanos o de la gestión de trabajadores y de dominios agrícolas, documentos de índole diversa e incluso de naturaleza privada, como sucede con algunos testamentos²⁹. La importancia de este corpus documental es extraordinaria dada la escasez de archivos pro-

²⁶ L. PANTALACCI, «De Memphis à Balat: les liens entre la Résidence et les gouverneurs de l'oasis à la VI^e dynastie», en C. Berger-Naggar, B. Mathieu (ed.), *Études sur l'Ancien Empire et la nécropole de Saqqâra dédiées à Jean-Philippe Lauer*, vol. 2 (Orientalia Monspeliensia, 9), Montpellier, 1997, p. 341-349.

²⁷ G. SOUKIASSIAN, M. WUTTMANN, L. PANTALACCI, *Balat, 6. Le palais des gouverneurs de l'époque de Pépy II. Les sanctuaires de ka et leurs dépendances*, El Cairo, 2002; N. Cherpion, «La statue du sanctuaire de Medunefer», *BIFAO* 99 (1999), 89-101; M. Ziermann, Ch. Eder, «Zu des städtischen privaten ka-Hausanlagen des späten Alten Reiches in 'Ayn Asil», *MDAIK* 57 (2001), 309-356.

²⁸ L. PANTALACCI, «Un décret de Pépi II en faveur des gouverneurs de l'oasis de Dakhla», *BIFAO* 85 (1985), 245-254; H. Goedicke, «The Pepi II decree from Dakhleh», *BIFAO* 89 (1989), 203-212.

²⁹ A. PHILIP-STÉPHAN, «Deux actes de disposition inédits découverts dans l'oasis égyptienne de Dakhla», *RHD* (2005), 273-281=Idem, *Dire le droit en Égypte pharaonique*, Bruselas, 2008, p. 261 [56].

vinciales conservados en el III milenio en Egipto³⁰. La imagen que nos transmite estos textos es la de una sociedad organizada y encuadrada por dignatarios diversos, en contacto estrecho con la capital del reino, y donde se evocan incluso contactos con jefes y lugares quizás exteriores al oasis³¹. Por último, el recinto administrativo de los gobernadores también ha proporcionado abundantes marcas de sellos que completan la información transmitida por las tablillas y permiten comprender mejor las prácticas administrativas seguidas en el oasis³².

A pesar de la importancia de Balat, no fue ésta la única localidad egipcia del oasis de Dajla en el Imperio Antiguo. Recientes excavaciones arqueológicas están sacando a la luz otra localidad que parece haber desempeñado la función de centro de transformación, quizás al servicio de la administración dirigida por los gobernadores. Por último, las autoridades de Dajla dispusieron puntos de observación en diversas colinas situadas al sur del oasis. En cada una de ellas se conservan los restos de unas dos o tres cabañas de piedra de reducidas dimensiones donde permanecían temporalmente pequeñas patrullas. La cerámica hallada procede de valle del Nilo y no es de factura local, mientras que las marcas de sellos conservadas e incluso un petroglifo con la representación somera de un soldado indican que estos puntos de observación estaban integrados en la administración local. En otra colina, situada esta vez al NE. del oasis, se han localizado los vestigios de otra atalaya de características similares, que vigilaba sin duda la ruta caravanera hacia el oasis de Jarga y, desde aquí, al Valle del Nilo³³.

Las excavaciones arqueológicas permitirán sin duda completar un cuadro enriquecido cada año con nuevos hallazgos y que sugieren que hábitats similares pudieron muy bien haber existido en otros oasis. En 2008, por ejemplo, un equipo checo anunció el descubrimiento de restos de construcciones del Imperio Antiguo en el

³⁰ L. PANTALACCI, «Nouvelles récentes des archives anciennes trouvées dans la ville d'Éléphantine», en Ch. Gallois, P. Grandet, L. Pantalacci (ed.), *Mélanges offerts à François Neveu* (BdE, 145), El Cairo, 2008, p. 239-244.

³¹ Acerca de las tablillas de arcilla de Balat, aún en proceso de edición, cf. P. Posener-Krieger, «Les tablettes en terre crue de Balat», en E. Lalou (ed.), *Les tablettes à écrire de l'Antiquité à l'époque moderne*, Turnhout, 1992, p. 41-49; L. Pantalacci, «Les habitants de Balat à la VI^{ème} dynastie: esquisse d'histoire sociale», en Ch. J. Eyre (ed.), *Proceedings of the 7th International Congress of Egyptologists*, Lovaina, 1998, p. 829-837; Idem, «La documentation épistolaire du palais des gouverneurs à Balat-'Ayn-Asil», *BIFAO* 98 (1998), 303-315; G. Soukiasian, M. Wuttmann, L. Pantalacci, *Balat, 6. Le palais des gouverneurs de l'époque de Pépy II*, passim; Idem, «Nouveautés graphiques et lexicales dans le corpus des textes de Balat», en S. J. Seidlmayer (ed.), *Texte und Denkmäler des ägyptischen Alten Reiches* (Thesaurus Linguae Ægyptiæ, 3), Berlín, 2005, p. 275-285; Idem, «Agriculture, élevage et société rurale dans les oasis d'après les archives de Balat (fin de l'Ancien Empire)», en J. C. Moreno García (ed.), *L'agriculture institutionnelle en Égypte ancienne: État de la question et perspectives interdisciplinaires* (CRIPEL, 25), Villeneuve d'Ascq, 2006, p. 79-91; Idem, «Archivage et scribes dans l'oasis de Dakhla (Égypte) à la fin du III^e millénaire», en L. Pantalacci (ed.), *La lettre d'archive. Communication administrative et personnelle dans l'Antiquité proche-orientale et égyptienne* (Topoi—Supplément, 9), Lyon, 2008, p. 141-153.

³² L. PANTALACCI, «L'administration royale et l'administration locale au gouvernorat de Balat d'après les empreintes de sceaux», *CRIPEL* 22 (2001), 153-160; Idem, «Fonctionnaires et alphabètes: sur quelques pratiques administratives observées à Balat», *BIFAO* 96 (1996), 359-367.

³³ O. E. KAPER, H. WILLEMS, «Policing the desert: Old Kingdom activity around the Dakhleh oasis», en R. Friedman (ed.), *Egypt and Nubi*, p. 79-94.

oasis de Bahariya, mientras que la publicación de diversos grafitos del oasis de Jarga muestra en algunos casos evidencias incuestionables de su datación en este mismo período³⁴. Con todo ello, cobra vida un activo mundo provincial poco conocido hasta ahora y que, a pesar de llevar una vida alejada del Valle del Nilo, presenta rasgos culturales y administrativos similares a los de cualquier otro centro del Alto Egipto en la misma época. Queda, sin embargo, por explicar qué motivos llevaron a los faraones a impulsar la ocupación de estos remotos parajes. Y nuevos hallazgos comienzan a aportar una respuesta fascinante.

LA RUTA DE ABU BALLAS

Las inscripciones del Imperio Antiguo halladas en las inmediaciones de Elefantina, sobre todo en la necrópolis de Qubbet el-Hawa, contienen algunos de los relatos autobiográficos más extensos e informativos de la VI dinastía. En ellos, jefes de caravanas como Sabni o Herjuf, entre otros, cuentan con detalle las vicisitudes de su labor al frente de las expediciones que los faraones enviaban hacia territorio nubio. Herjuf, por ejemplo, narra cómo las caravanas podían alcanzar el territorio nubio o las regiones del interior de Africa bien siguiendo la vía fluvial, remontando el curso del Nilo, o bien utilizando la «ruta de los oasis». Dado que la localidad de Balat, sus gobernadores y su organización administrativa datan también de finales del tercer milenio, parecía evidente que Balat, al igual que Elefantina, eran importantes centros logísticos que desempeñaban, entre otras, la función de abastecer las caravanas egipcias de paso hacia el interior de Africa. De hecho, la inscripción de Herjuf sugería que el uso de una u otra dependía sobre todo de la situación política en Nubia y de la disposición de los jefes locales hacia los enviados llegados de Egipto. No en balde algunas inscripciones autobiográficas de Qubbet el-Hawa mencionan la muerte, violenta incluso, de algunos de estos enviados, lo que indica que cuando la situación era particularmente insegura el uso de rutas alternativas, aunque más difíciles, era una opción deseable. Y la «ruta de los oasis» debía servir a este fin.

Sin embargo, el hallazgo en 1917 de un depósito de trescientas jarras en el remoto paraje de Abu Ballas, unos 200 km. al SO. de Balat, abría la posibilidad de la existencia de otras rutas utilizadas en fecha indefinida y que podían haber tenido como destino no tanto Nubia como Libia o el Chad. La datación de la cerámica ha revelado en los últimos años que muchas de las vasijas halladas no fueron elaboradas en fechas relativamente recientes como se pensaba, y que por tanto no habían sido depositadas por bandidos o por beduinos para facilitar sus desplazamientos entre el oasis de Kufra, las montañas del Tibesti y los oasis egipcios. Muchas de estas vasijas remontaban en realidad al Imperio Antiguo y otras al Imperio Nuevo, lo que demostraba de manera palmaria dos cosas: por un lado que las expediciones egipcias se adentraban mucho más allá de las áreas tradicionalmente conocidas y, por otro lado, que el desierto occidental presentaba unas condiciones que, en pleno III milenio, aún permitían el

³⁴ C. ROSSI, S. IKRAM, «Petroglyphs and inscriptions along the Darb Ayn Amur, Kharga Oasis», *ZĀS* 129 (2002), 142-151.

paso de caravanas en una época en que el dromedario era desconocido en la región y cuando todos los desplazamientos debían realizarse a lomos de asnos.

Animado por el misterio que aún rodeaba en los años 1980 este lejano, y hasta entonces, único depósito de jarras conocido, Carlo Bergmann, citado al comienzo de este artículo, emprendió una serie de expediciones en camello por los remotos parajes situados entre el oasis de Dajla y el macizo de Gilf el-Kebir, convencido de la existencia de una antigua ruta caravanera utilizada en tiempos de los faraones. La confirmación en los años 1990 de la antigüedad de las vasijas descubiertas en Abu Ballas venía a justificar un esfuerzo que se vio reforzado con el hallazgo de una inscripción a unos 50 km. al SO. de Balat, en la llamada «*Roca de Mery*», en honor del protagonista de la misma. En ella, el funcionario del Imperio Medio Mery afirma haber salido en busca de los habitantes del desierto en el año 23 de un rey no citado. Desde entonces, Bergmann ha descubierto numerosos depósitos de jarras, distribuidos a intervalos regulares de unos 30 kms. y que marcan claramente un itinerario que, partiendo de Balat, se dirige hacia las estribaciones del macizo de Gilf el-Kebir, a unos 400 kms. al SO., muy cerca del límite moderno entre las modernas repúblicas de Egipto, Libia y Sudán³⁵. Más excitante aún fue el hallazgo posterior de un enclave, «*La Montaña del Agua de Redyedef*», en una colina utilizada como etapa en este itinerario y situada a unos 100 kms. al SO. de Balat. Además de algunos restos de recintos empleados como corral para los asnos de las caravanas, fueron descubiertas marcas de sellos y, sobre todo, varias inscripciones de la IV dinastía que conmemoran el paso de expediciones enviadas por los faraones Quéops y Redyedef en busca de pigmentos al desierto³⁶. En fin, en 2008 se ha anunciado el descubrimiento de una nueva inscripción jeroglífica, de comienzos del II milenio, en Gebel Uenat, donde se menciona el nombre de un faraón Mentuhotep junto a los países de Yam y Tejebet (desconocido hasta ahora) y la expresión «traer incienso»³⁷. En cuanto al uso de tales pigmentos, la prensa egipcia anunció el hallazgo en Giza, en 2005, de 26 marcas de sellos fechadas en el reinado de Quéops y que mencionan soldados enviados al desierto en busca del óxido férrico con que obtener el pigmento rojizo utilizado en la decoración de las pirámides.

³⁵ Dos excelentes artículos resumen en detalle el estado actual de los conocimientos: F. Förster, «With donkeys, jars and water bags into the Libyan Desert: the Abu Ballas Trail in the late Old Kingdom/First Intermediate Period», *British Museum Studies in Ancient Egypt and Sudan* 7 (2007), 1-36; K. P. Kuhlmann, «The «Oasis Bypass» or the issue of desert trade in Pharaonic times», en *Tides of the Desert. Contributions to the Archaeology and Environmental History of Africa in Honour of Rudolph Kuper* (Africa Præhistorica, 14), Colonia, 2002, p. 125-170. Véase también R. Kuper, «The Abu Ballas Trail: pharaonic advances into the Libyan Desert», en Z. Hawass (ed.), *Egyptology at the Dawn of the Twenty-First Century. Vol. 2: History, Religion*, El Cairo/Nueva York, 2003, p. 372-376; F. Förster, «The Abu Ballas Trail: a Pharaonic donkey-caravan route in the Libyan Desert (SW-Egypt)», en O. Bubbenzer, A. Bolten, F. Darius (ed.), *Atlas of Cultural and Environmental Change*, p. 130-133; H. Riemer, «The archaeology of a desert road - the navigation system of the Abu Ballas Trail», en Idem, *ibid.*, p. 134-135.

³⁶ H. RIEMER *et alii*, «Zwei pharaonische Wüstenstationen südwestlich von Dachla», *MDAIK* 61 (2005), 291-350; F. Förster, «Preliminary report on the seal impressions found at site Chufu 01/01 in the Dakhla region (2002 campaign)», *GM* 217 (2008), 17-25.

³⁷ J. CLAYTON, A. de Trafford, M. Borda, «A hieroglyphic inscription found at Jebel Uweinat mentioning Yam and Tekhebet», *Sahara* 19 (2008), 129-134.

También habrían aparecido unos cincuenta fragmentos de vasijas con marcas de estos sellos, así como restos de varios sacos de cuero donde fue transportado el preciado pigmento³⁸.

Sin duda nuevos hallazgos ayudarán a comprender mejor el uso y datación de estas rutas y el papel de enclaves como Balat en la organización del tráfico de productos y expediciones por el desierto occidental. Queda claro en todo caso que los parajes al sudoeste del oasis de Dajla eran recorridos durante la IV dinastía, mucho antes de la fundación del centro administrativo de Balat y de la instalación de gobernadores del oasis en él. La compleja logística necesaria para organizar tales misiones, en una región que ofrecía ya entonces condiciones extremas de sequedad, parece apuntar a algo más que al envío ocasional de equipos en busca de pigmentos. De ahí el interés de la nueva inscripción hallada en Gebel Uenat, que no sólo confirma el uso de esta pista sahariana a comienzos del II milenio, sino que además indica que a través de ella circulaba el incienso y que, por añadidura, permitía alcanzar el país de Yam así como otras regiones desconocidas hasta ahora. Quizás nuevos hallazgos ayuden también a conocer mejor la toponimia de estas regiones y las características de sus habitantes, sin olvidar que pueden contribuir a esclarecer la onomástica africana presente en los textos de execración del III milenio y la localización de las poblaciones a quienes nombra³⁹. Además, también pueden arrojar luz sobre el pasado de los libios que irrumpieron de manera tan contundente en Egipto en el Imperio Nuevo.

EPÍLOGO

Aunque en Egiptología es habitual el hallazgo de inscripciones en las rutas frecuentadas por los enviados de los faraones, como en Uadi el-Hudi, Uadi Hammamat o en los uadis situados al sur de Egipto y el norte del Sudán, los descubrimientos recientes han incorporado definitivamente a la Egiptología los vastos parajes que se extienden al sudoeste del Valle del Nilo. De ser considerados inhóspitos y de poco interés para la comprensión de los períodos históricos de Egipto, se abren ahora perspectivas que pueden contribuir a un mejor conocimiento de la geopolítica de Egipto en su contexto africano, aparte de ampliar notablemente el radio de los contactos mantenidos entre Egipto y sus vecinos occidentales y meridionales. Y es que la geopolítica desempeñó un papel crucial, aunque hasta ahora poco estudiado, en la política exterior de los faraones⁴⁰. Egipto se halla en una encrucijada de rutas terrestres, fluviales y marítimas por donde, en diversos períodos de su historia, transi-

³⁸ Noticia recogida en <http://www.carlo-bergmann.de/ex2004-5/expedition2004-5-2.htm>.

³⁹ J. OSING, A. M. ABU BAKR, «Ächtungstexte aus dem Alten Reich», *MDAIK* 29 (1973), 97-133; J. Osing, « Ächtungstexte aus dem Alten Reich (II) », *MDAIK* 32 (1976), 133-185; S. Wimmer, «Neue Ächtungsfiguren aus dem Alten Reich», *Biblische Notizen* 67 (1993), 87-101; J. F. Quack, «Some Old Kingdom execration figurines from the Teti cemetery», *BACE* 13 (2002), 149-160.

⁴⁰ Una inteligente excepción es P. Grandet, *Les pharaons du Nouvel Empire (1550-1069 av. J.-C.) : une pensée stratégique*, Mónaco, 2008.

taban productos llegados desde Africa nororiental y las riberas del Mar Rojo y destinados al Próximo Oriente y a la cuenca del Mediterráneo oriental. Baste citar, por ejemplo, cómo la pérdida de control de la vieja ruta hacia Punt, desde el reinado de Ramsés III, coincide con el auge de una ruta del incienso que circulará por vía terrestre y que dará lugar al nacimiento de nuevas entidades políticas, como los reinos transjordanos de Edom, Moab y Ammón primero, y el reino nabateo o Palmira después. O, por citar otro ejemplo, cómo la expansión Kushita hacia Egipto, sus intentos de control del Levante meridional y sus enfrentamientos consecuentes con el Imperio Neoasirio, parecen indisociables de la consolidación, en las mismas fechas, de varios estados en la meseta etíope y el Yemen, que pudieron haber bloqueado el acceso kushita hacia redes comerciales de importancia, obligando a los reyes nubios a buscar vías alternativas a las mismas mediante el control primero de Egipto y de una salida al Mediterráneo, y de los puntos de llegada de algunas rutas yemeníes al Levante meridional después⁴¹. Es en este contexto geopolítico donde cabe comprender mejor no sólo la costosa logística desplegada por Egipto para alcanzar Punt en los milenios III y II sino también los ataques puntitas hacia Egipto documentados en el Segundo Período Intermedio⁴².

La importancia de los nuevos descubrimientos nos lleva, por tanto, a revalorizar el papel de una región hasta ahora descuidada en el interés de los egiptólogos. Queda todavía un largo camino hasta que podamos conocer en detalle el volumen y frecuencia del tráfico en estas regiones, la naturaleza de los contactos entre Egipto y sus habitantes, las características de la logística faraónica en los oasis, el impacto de la presencia egipcia en la modificación de las culturas nativas y en la aceleración de procesos de cambio social y político en su seno (caso de nubios o libios⁴³), o el al-

⁴¹ Los estudios sobre estas cuestiones son aún incipientes, pero pueden encontrarse buenas discusiones parciales en M. Liverani, «The trade network of Tyre according to Ezek. 27», en M. Cogan, I. Eph'al (ed.), *Ah, Assyria... Studies in Assyrian History and Ancient Near Eastern Historiography Presented to Hayim Tadmor* (Scripta Hierosolymitana, 33), Jerusalén, 1991, p. 65-79; Idem, «Early caravan trade between South-Arabia and Mesopotamia», *Yemen* 1 (1992), 111-115; Idem, «Beyond deserts, beyond oceans», en A. Avanzini (ed.), *Profumi d'Arabia*, Roma, 1997, p. 557-564; Idem, «Ramesside Egypt in a changing world. An institutional approach», en G. Colonna (ed.), *L'impero Ramesside. Convegno internazionale in onore di Sergio Donadoni* (Vicino Oriente-Quaderno 1), Roma, 1997, p. 101-115; Idem, «The libyan caravan road in Herodotus IV.181-185», *JESHO* 43 (2000), 469-520; K. Kitchen, «Economics in ancient Arabia. From Alexander to the Augustans», en Z. H. Archibald, J. Davies, V. Gabrielsen, G. J. Oliver (ed.), *Hellenistic Economies*, Londres-Nueva York, 2001, p. 157-173; S. Sherratt, «The Mediterranean economy: «Globalization» at the end of the second millennium B.C.E.», en W. G. Dever, S. Gitin (ed.), *Symbiosis, Symbolism and the Power of the Past: Canaan, Ancient Israel, and Their Neighbors from the Late Bronze Age through Roman Palestine*, Winona Lake, 2003, p. 37-62; P. Lunde, A. Porter (ed.), *Trade and Travel in the Red Sea Region. Proceedings of the Red Sea Project I* (Society for Arabian Studies—Monographs, 2), Oxford, 2004; M. Jasmin, «Les conditions d'émergence de la route de l'encens à la fin du II^e millénaire avant notre ère», *Syria* 82 (2005), 49-62.

⁴² W. V. DAVIES, «Kush in Egypt: A new historical inscription», *Sudan & Nubia* 7 (2003), 52-54; Idem, «Kouch en Égypte: une nouvelle inscription historique à El-Kab», *BSFE* 157 (2003), 38-44.

⁴³ C. A. HOPE, «Egypt and 'Libya' to the end of the Old Kingdom: A view from Dakhleh Oasis», en Z. A. Hawass, J. Richards (ed.), *The Archaeology and Art of Ancient Egypt: Essays in Honor of David B. O'Connor*, vol. I (ASAE-Cahier 36), El Cairo, 2007, p. 399-416; D. O'Connor, «The nature of Tjemhu (Libyan) society in Later New Kingdom Egypt», en A. Leahy (ed.), *Libya and Egypt c. 1300-750 BC*, Londres, 1990, p. 29-114; S.

cance de la penetración egipcia en Africa. Y, a la inversa, el papel desempeñado por el control de las rutas y el tráfico de los desiertos en el origen de la civilización faraónica. Egipto, ciertamente, es un don del Nilo, pero puede que, en menor medida, también de sus desiertos.

Snape, «The emergence of Libya on the horizon of Egypt», en D. O'Connor, S. Quirke (ed.), *Mysterious Lands*, Londres, 2003, p. 93-106.